

PRÓXIMO NÚMERO:

El intenso drama - film

Corazón de lobo

Postal-fotografía:

Gladys Walton

Precio: 25 céntimos

¡No deje de adquirirla!

LA VENTA EXCLUSIVA DE
La Novela Semanal Cinematográfica
en España y América pertenece á la
Sociedad General Española de Librería

Ferraz, 21 MADRID

Barbará, 16 BARCELONA

La Novela Semanal
Cinematográfica

N.º 18

25 cts.



BAJO DOS
BANDERAS

por
Priscilla Dean

FilmoTeca

de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º XVIII

BAJO DOS BANDERAS

por **PRISCILLA DEAN**

Extracto del argumento de la película
de dicho título.

Marca JOYA UNIVERSAL

CONCESIONARIOS:

HISPANO-AMERICAN FILMS, S. A.
Valencia 233.—BARCELONA.

La acción en Argel, hacia el año 1870, época de conquista de Francia en Africa.

En el café D'Algiers, donde los blancos albornoces de los hijos del desierto se mezclaban con el azul y escarlata de los "Zouaves" y "Chasseurs", y el "demi-monde" parisiense se codeaba con la huri... Este conjunto, original, ofrecía un cuadro rico en colores y en motivos.

Un forastero acababa de llegar en el establecimiento.

Pocos momentos después de la entrada del desconocido, hicieron irrupción en el café buen número de "Chasseurs" del escuadrón que regresaba de los puestos de avanzada del desierto.

A la cabeza de aquella arrojada y despreocupada banda iba el ídolo de la tropa: Cigarette, la hija del regimiento. Por si su habitual alegría fuera poca, Cigarette, la cantipera-novia de todos los bravos soldados, estaba más contenta y bulliciosa que nunca.

Cuando se deponían las armas y corría el vino, nadie más elocuente que el cabo Luis, contando por milésima vez su aventura favorita:

—¡Dios mío! ¡Fué magnífico! ¡Durante treinta horas habíamos estado sin agua ni comida! Los árabes se nos echaban encima, cuando, como un ángel salvador, llegó... ¡Cigarette!...

—¿Quién me llama? ¡Aquí estoy!

—Pues llegas á tiempo. Les estaba contando cómo rompiste la línea en Amara, logrando traspasar el cerco árabe para traernos agua. ¡Qué bien nos supo!

—¡Ya lo creo! ¡Como que se me bebió usted medio barril! ¡Si llegan á hacer lo mismo los demás!...

—¿Qué habrías hecho?

—Pues... construirles un pozo artesiano.

—¡Atíza!

Los que la escuchaban conversar con el cabo Luis, celebraron con risotadas la ocurrencia de la cantinera amada.

Pero alguien vino á interrumpir esta escena. El entrometido era... el desconocido. Dirigiéndose al cabo, le preguntó:

—Supongo que aquí tendrán escaramuzas á cada momento, ¿verdad?

—¡Es la moda africana, sí, señor!

—Si hacen falta reclutas, aquí me tienen.

—¡Ah! ¿Conque usted quiere alistarse? ¿De dónde viene usted?

—Me llamo Victor.

—No le pregunté su nombre, le pregunté su nacionalidad.

—Me llamo Victor.

—¡Y dale! ¡Otro! Hemos visto muchos como usted. Todos vienen á nosotros, los débiles y los fuertes. Francia cobija bajo la bandera que ondula por el bien de la humanidad en tierras extrañas, á todos aquellos que buscan rehabilitarse en la lucha por lo noble....

En cada calle, en cada café, hallábase un emisario del Jeque, emperador del desierto, taciturno, vigilando. La oferta del Europeo le hizo abrir los ojos.

El cabo Luis prosiguió en su cuestionario:

—¿Estáis, pues, decidido á incorporaros en las filas francesas?

El desconocido, disgustado por el tono de conmiseración que el militar empleaba con él, le contestó, irritado:

—Me es indiferente, y hasta creo que preferiría pelear con sus enemigos, los árabes.

Como movidos por el mismo resorte, se levantaron cuantos franceses se hallaban en el café, y empuñaron su sable, dispuestos a castigar la más mínima ofensa contra Francia.

El desconocido permaneció inmóvil en el centro del establecimiento. Frío y sereno, dijo:
—Supongo que debería pelear con todos ustedes, pero eso de las reyertas no es de gente bien educada.

Cigarette, intrigada por la pasividad del intruso, le preguntó:

—¿Quiere decir que no le importa bajo qué bandera pelea?

—Sí, no tengo preferencia por ninguna. ¡Soy libre!

—¿Ha venido usted aquí para alistarse en uno ú otro bando?

—¡Sí!

—¿Cuál escoge usted?

—¡No importa! ¡No lo sé!

—Dejemós que los dados lo decidan.

—¡Psehl! ¡Sea! ¡Qué más da!

—Empiece! En el juego representará el papel de enemigo.

—¡Seis!

—Juegue usted por Francia, cabo Luis.

—¡No, no! ¡Carezco de autoridad!

—¿Quiere usted, caballero, que sea yo quien decida su suerte?

Fastidiado por tanta comedia, el desconocido iba a contestar en mala forma a Cigarette, mas ésta lo desarmó con sus sonrisas, mientras agitaba, nerviosa, el vaso conteniendo los dados.

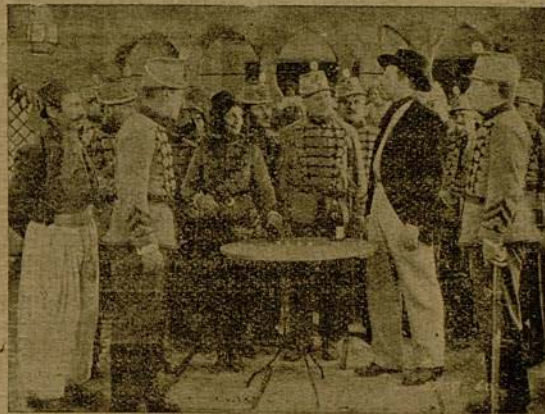
—¡Aceptado! Me someteré al fallo de usted.

—¡Doce! ¡Legionario francés!

El emisario del Jeque hizo un mohín de contrariedad. ¡La suerte favorecía con un nuevo afiliado á la odiada Francia!

Los militares felicitaron al voluntario y descorcharon algunas botellas de champaña en su honor.

El cabo Luis ofrecióle en seguida una copa del exquisito espumoso, que Víctor no quiso aceptar, limitándose solamente á dar su con-



...¡Doce! ¡Legionario francés!...

formidad á la sentencia pronunciada por los dados, con estas palabras:

—Mañana me presentaré en el cuartel.

Cigarette, satisfecha de su triunfo, tendió una copa del ambarino líquido al misterioso Víctor, con la seguridad de que la apuraría agradecido. Mas no fué así. ¡Víctor había des-

preciado también su copa!

El chasco recibido fué doloroso para Cigarette que, furiosa por el desprecio, murmuraba palabras de venganza.

Mientras, Víctor hablaba con la dueña del establecimiento, á la que pedía alojamiento para aquella noche. Observando las miradas que Cigarette le dirigía, Víctor inquirió á aquella acerca de la cantinera. Y supo que era Cigarette, nacida debajo de los cañones, de la bandera tricolor, que su padre fué francés y su madre árabe. «De esta mezcla, ¿qué podía esperarse de bueno?—decía la patrona.

Víctor no se ocupó más de Cigarette y se disponía á retirarse á descansar.

Cigarette, por su parte, seguía aún los movimientos de Víctor y también en su murmurar entre dientes. Un indígena que presenciara la escena anterior, se reía de Cigarette maliciosamente. Y ella, fuera de sí, jurando vengarse, hizo sentir los primeros efectos de su furia, arrojando en pleno rostro del burleta su copa llena de champán.

Indudablemente, para el árabe, era la primera vez que el alcohol le había enturbiado la vista *hasta la ceguera...*

*
**

Pasaron algunos años.

Durante mucho tiempo las fuerzas del Jeque Ali Hammed habían desafiado á Francia, pero entonces una tregua mantenía á raya á las hordas del desierto.

Para el Jeque la tregua significaba la entrada en Argel y la oportunidad de seguir conspirando contra Francia.

Probado por el fuego y el acero, Víctor se había captado la estimación de sus camaradas. Sin embargo, en los cortos periodos de vida de cuartel se mantenía distanciado. Era siempre el amigo, jamás el compañero.

Cigarette, que había olvidado rápidamente sus deseos de venganza por el desprecio que la hizo Víctor hacia más de cinco años, se preguntaba por qué éste vivía una existencia tan desligada de afectos. Y como si en su corazón no cupiera más que bondad, el odio de un instante se convirtió en amor sincero é inmenso. Pero todo lo que había intentado hacer cerca de Víctor para captarse su amistad había sido infructuoso; y eso que ella no desperdiciaba ninguna ocasión propicia á demostrarle el interés que tenía por él; é incluso fué ella quien le felicitó primero por su ascenso á cabo por méritos de campaña, estrechándolo, como camarada, contra su pecho palpitante de felicidad. ¿Tenía Víctor el corazón indiferente? La consideraba, acaso, á ella, Cigarette, como un juguete que, por tener que divertir á todos, no podía satisfacer á uno sólo? El caso era que, de todos los soldados, el que menos la estimaba era Víctor.

Cigarette fué á contar sus cuitas al Padre del Regimiento. Este la dijo:

—Quizá eso obedezca á su pasado. Esta es la legión de los desheredados de la fortuna.... y hay algunos que no pueden olvidar....

Meditando las palabras del sacerdote, Ciga-

rette dirigióse hacia Victor, le sonrió, como siempre, con cariño que desbordaba por sus ojos y, mimosa, con coquetería femenina de una ingenuidad pueril, le habló así:

—De todos los "Chasseurs", tú eres el único que no quieres ser mi camarada; ¿por qué?

—Quizá sea porque no sé apreciar las cosas buenas.

—Padre Perrault dice que tienes un pasado... ¿has sido ladrón?... ¿Nada tan común?... Entonces... ¿un asesino?... ¡Vamos, dímelo! ¡A nadie le importará! Aquí todos se perdonan mutuamente. ¡Anda, contesta!

Victor sostenía una lucha sorda y feroz en su interior, mas aparentaba la misma impasibilidad que le era característica. Enemigo acérrimo de las confidencias, soltó á la curiosa interrogadora este nuevo chasco:

—Vine aquí para que no me molestaran con preguntas.

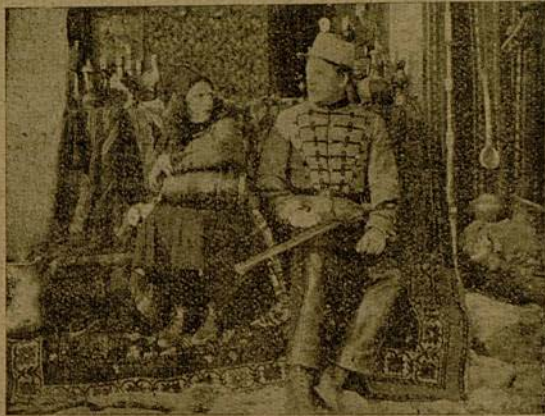
Otra vez, Cigarette sintióse tan profundamente zaherida, que se prometió vengarse de Victor, no hablándole más en su vida ni ocupándose más de su extravagante conducta. Pero al marcharse del lado del cabo, junto al rencor surgió una pena muy honda que, compadeciendo, perdonaba...

Llenos del colorido oriental, los bazares de la ciudad contrastaban con la monotonía de la vida de cuartel.

Para Victor, la amistad con un mercader indígena constituía su mayor alegría pues, sentado frente á su tiendecita, tallaba objetos de madera... y olvidaba.

Cierta tarde, el Jeque y su secretario,—el

árabe que presenciara la escena que tuvo lugar en el café d'Algiers cuando Victor llegó de Europa,—paseando por las calles de Argel, vieron al cabo ocupado en su artístico trabajo. Los dos árabes hablaron con misterio. El Jeque, que oyera atento la reseña de su secuz, dijo á éste:



—Vine aquí para que no me molestaran con preguntas.

—¿Y le oíste decir que le era igual pelear á favor de los árabes?

—¡Sí!

—¿Cómo se llama?

—Es conocido por Victor, el tallista.

—¡Vigíalo!

—¡Está bien!

Y desaparecieron, cual fantasmas maléficos, después de haber señalado con el dedo de la fatalidad al que no tenía preferencia por ninguna bandera.

Cigarette, guiada por su afecto hacia Víctor, sentóse á su lado y, bañando sus palabras en la dulzura de sus sentimientos que él había despertado en ella, le hizo grandes elogios por su trabajo, unas piezas de ajedrez. Disponiendo de dinero y queriendo obtener algo suyo, Cigarette le propuso que se los vendiese. Mas Víctor, continuamente inabordable, la dijo:

—No quiero limosnas.... ¡No se venden!

Decididamente, Víctor era un sujeto incomprensible. Pero ¿no podría la debilidad de una mujer que, á pesar de su energía discretamente á todo se resignaba, vencer la fuerza de un hombre, cualquiera que éste fuera?

Sin que nadie lo sospechase, Cigarette, que siempre había bailado para sus "Chasseurs", bailaba entonces para uno solamente, empleando todos sus atractivos para vencer su indiferencia.

¡Todo vano!

*
**

Hija de un Lord inglés, viuda de un italiano ilustre, la Princesa Corona d'Amague honró á Argel con su visita. El Coronel de los "Chasseurs d'Afrique", Marqués de Chateauroy, que

esperaba un ascenso por la parte que había tomado en asegurar la tregua franco-árabe, y era ambicioso, se puso rendidamente á la disposición de tan noble dama, cuya hermosura era deslumbrante. El Jeque también la acompañaba.

Por casualidad, en su visita á los cuarteles, la Princesa vió á Víctor en su artística labor, se acercó á él, contempló los maravillosos peones de ajedrez por él ejecutados, y le dijo:

—¡Qué preciosos! ¿Se venden? ¿Cuál es su precio?

Agradecido á la atención de la bella dama, Víctor respondióla:

—El honor de que los acepte, si quiere usted dar eso.

—¡No, no; no podría ni pensar en aceptarlos sin pagar por ellos!

El coronel, celoso de Víctor, que había merecido la conversación de la Princesa, acudió presuroso á su lado, para interrumpir aquella. Y dijo á la dama:

—Confío que este hombre habrá apreciado el honor que le ha hecho.

Luego, dirigiéndose á Víctor, le preguntó:

—¿Supongo que no se habrá negado á cualquier petición que le haya hecho su Alteza?

—He olvidado muchas cosas, pero no el ser caballero, Marqués de Chateauroy.

—Eres muy cortés,—cabo Víctor—dijole el Coronel, disimulando su cólera, antes de alejarse con la Princesa y el Jeque, yendo á sentarse á la mesa preparada á un lado del jardín del cuartel, desde el cual se veía perfectamente cuanto ocurría en el patio.

Cigarette, que había presenciado la escena anterior, mordiéndose los labios de celos, se reunió con Víctor, que se disponía á retirarse á su dormitorio, imitó los gestos estudiados de la Princesa cuando le pidió si quería venderle su trabajo, no pudiendo disimular su disgusto porque cuando ella se los ofreció galantemente, á pesar de sus esfuerzos por aparecer indiferente también, y acabó lo que parecía broma, diciéndole:

—¡Tonto! ¿Quieres que te fusilen?

—¿Por qué?

—He visto fusilar á otros por mucho menos.

La Princesa, por su parte, también se interesaba por Víctor, pues decía al Marqués:

—Los peones que hace ese soldado son maravillosos. Me gustaría tenerlos.

Haciendo suyos los deseos de la Princesa, el Coronel mandó á decir por su ordenanza á Víctor que fuera por la noche á las ocho á su casa y que llevase los peones.

Víctor contestó al ordenanza, un hombre ya maduro que le apreciaba mucho, que contestara al coronel que no iría. Cigarette intervino é, imponiéndose por la fuerza de la sensatez, mandó al ordenanza que notificase al coronel que el cabo Víctor iría á su casa.

Partió presto el emisario y Cigarette, amorosa, dijo á Víctor:

—El coronel está incomodado contigo y esta noche te insultará. Por favor, prométeme que no perderás la cabeza... ¿No comprendes por qué te lo pido?... Por favor, prométemelo.

—¡Bueno!—se decidió al fin á contestar Víctor, que tenía su pensamiento en otra parte,

lejos de la realidad.

Tras esta respuesta se encerró en su cuarto.

Cigarette, llena de amor que esparcía lágrimas de tristeza sobre su corazón, porque no era correspondida aún, permaneció junto á la puerta de la habitación de su amado.

La Princesa la vió. En su conversación con el Marqués, exclamó:

—La joven es interesante... ¿quién es?

—Es Cigarette, la cantinera, muy valiente; pelea como un hombre.—contestó el coronel.

El Jeque, convencido de que el Marqués estaba celoso del tallista, intervino, manifestando á ambos, á propósito de la aludida:

—He oído hablar de su valentía y de la del Cabo Víctor.

En efecto, el coronel experimentó un malestar evidente al contestar, brevemente, á la exclamación del malicioso Jeque.

**

Por la noche, Víctor acudió á la Villa, resplandeciente de luces, del Marqués de Chateauroy, en que se daba una fiesta en honor de la Princesa, llevando consigo las piezas de ajedrez.

La Princesa, el Marqués y el Jeque le recibieron en la espléndida terraza de la señorial morada. Para humillarlo con su victoria, el coronel, frente al cual Víctor se mantenía en una rigidez impecable, díjole:

—Veo que ha cambiado de parecer y que se

ha convencido de lo que representa para usted el que nos intereseamos por sus peones.

Victor comprendió la idea del Marqués y, recordando el consejo de Cigarette que, precisamente, sin que él lo supiera, se hallaba escondida entre los árboles del jardín de la Villa, encerróse en un mutismo discreto.

El Marqués, vencido en su primer intento de provocación, apeló á otro recurso, el último, desde luego, que fué el de anteponerse á la voluntad de Victor, entregando, con exagerada galantería, á la Princesa, la caja conteniendo los maravillosos peones, diciéndola:

—Princesa, confío que me hará el honor de aceptarlos como un regalo.

La noble dama los aceptó, no sin haber descubierto antes la doble intención del Marqués. Sintiéndolo por Victor, que le parecía un buen muchacho, contestó al Coronel:

—Pero se le debería pagar algo....

Otra vez, Victor mordióse los labios para no protestar.

Cigarette, desde su escondite, se lo agradecía con toda el alma.

El Jeque, malicioso, sonreía.

El Coronel, con gesto de desprendimiento, respondió á la Princesa:

—Yo le recompensaré... *recibirá su merecido.*

Tras esta escena, Victor marchóse de la Villa para regresar al cuartel.

Cigarette, satisfecha de la conducta que había observado Victor ante el Coronel, que sabía capaz de todo, montó también á caballo y siguió á su amado á algunos metros de él, para seguir vigilando, como un angel, todos sus

actos.

Cumpliendo órdenes del Jeque, sus secuaces acechaban al cabo Victor. Una vez prisionero, en el desierto podría ser de gran servicio para su complot contra Francia.

Victor no pudo salir victorioso de aquellos traidores, pues eran numerosos. Fué herido en la lucha que entabló con ellos, y hubiera caído en sus garras si Cigarette, llegada en aquel momento, no hubiese atemorizado á los árabes, disparándoles con energía feroz la serie de balas que cargaban su revolver. Así consiguió que se dieran á la fuga, haciéndoles suponer, quizá, que detrás de ella iban varios franceses más.

De regreso al cuartel Cigarette con el herido Victor, éste fué conducido á su lecho al que acudió el médico con urgencia. La herida no era mortal y sólo requería muchos cuidados. Cigarette se ofreció como enfermera.

Á la cabecera del herido se hallaban únicamente Cigarette y el ordenanza del Coronel, que, ¡pobre hombre! lloraba la desventura del buen compañero.

Una vez solos, Victor despertando á la realidad, vió á la abnegada cantinera y, tendiéndola la mano, la dijo:

—¡Camaradita, gracias por haberme salvado la vida!

Cigarette, alma pura, corazón enamorado, se puso muy alegre, más alegre que nunca, al recibir por vez primera, de su amado Victor, del único hombre que había logrado cautivar su vida, unas palabras dulces. Sonriéndole siempre, le contestaba frases cariñosas para



... imitó los gestos estudiados de la Princesa cuando le pidió si quería venderle su trabajo...

mitigar el dolor de su herida.

Mientras, el Jeque, disgustado porque Victor se le había escapado de las manos, y ante el temor de que los franceses le pidieran explicaciones por el atentado cometido contra Victor, supo sacar provecho al incidente. Entrevistóse, pues, con el General, y así hablaron ambos Jefes:

—Ilustre General, oí los planes de una tribu nómada para herir á uno de vuestros soldados.

—¡Que salgan los "Chasseurs", y que traigan á cuánta tribu nómada hallen en el desierto!

—No es más que un complot para quebrantar nuestra recién formada alianza.... Pero será mejor que esperemos hasta que nuestras fuerzas se puedan juntar con las suyas, y entonces atacaremos juntos.

El General accedía. El Jeque estaba á cubierto de responsabilidades por lo cometido con Victor.... y por lo que luego pudiera cometerse por el estilo: los nómadas se llevarían la culpa.

Cigarette, por otra parte, seguía á la cabecera del lecho de Victor, donde este gemía.

En el patio del cuartel, y frente á la habitación de Victor, un grupo de militares hablaban acerca de su conducción á un hospital de Francia, donde sanar mejor. Victor, enterado por Cigarette de tales propósitos, gritó en su delirio:

—¡No, no jamás regresaré á Europa! ¡Salí de Inglaterra por un crimen que cometió mi hermano, pero jamás se sabrá!

Cigarette oía con angustia.

Victor seguía delirando:

—No soy Bertie Cecil de la Guardia Real.... ¡Ese murió! ¡Soy Victor, Victor el tallista!... ¡Acércate!

—¡Victor.... Cálmate!

—¡Te amo tanto....!

—¿A mí? ¡Dios mío!... ¿Me amas?

—¡Ah, Princesa, si las cosas hubieran sido diferentes!

—¡Ya comprendo! ¡Aparta tu mano!... ¡Amas á la Princesa!... ¡No quiero que me toques!... ¡No quiero tocarle!

—¡Princesa, no me deje.... la amo tanto!

—¡Dios mío.... qué desgraciada soy!

Dolorida, salió Cigarette de la habitación de Victor, en la cual éste seguía soñando con la Princesa.



El atentado contra Victor daba mucho que pensar á la Princesa. Aunque trataba, no podía borrar de su mente el rostro del soldado tallista.

Bruscamente, Cigarette entró en el salón de la noble dama, desafiándola con la mirada. La Princesa, reconociéndola y sin recelo alguno, la preguntó:

—Eres Cigarette, ¿no es cierto?

—Sí, y he venido á matarla como mataría á un chacal.... La tengo aborrecida y puedo atravesarle el corazón con una sola bala de mi revolver.... Véalo usted....—contestóla Cigarette.

te, apoyando su revolver sobre el pecho de la Princesa, que no hizo el menor movimiento de defensa, limitándose, severa, á contestar:

—Tengo entendido que los nativos son valientes.... que no descienden al asesinato. Y me han dicho que eres valiente, que peleas como un hombre. ¡Tu revolver no serviría para matarme!

Ante la firme opinión de la Princesa, y admirada de su valor, Cigarette se sintió vencida. Y dijo á su rival:

—Ahora comprendo por qué la ama....

—¿Quién me ama?

—Bertie Cecil de la Guardia Real es el hombre que conocéis como Victor.

—¿Victor, dijiste? ¿Victor? ¿Victor, es Bertie Cecil?

—¡Sí!.... ¡La odio! Os sonreís y os adora.... yo me arriesgo la vida y no le importo nada....! ¡por eso os odio!

*
**

Durante su convalecencia, Victor fué llamado por la Princesa, que le reveló su verdadera personalidad. Esto entristeció á Victor, pues el amor que en su juventud se profesaron la Princesa y él, era entonces un imposible. ¿Quién era él á los ojos de la Sociedad? Un asesino, un legionario que expiaba una culpa impuesta.

Sin embargo, como siempre hay algo sobrenatural que nos rige, las visitas menudearon.

En una de ellas, la Princesa, en cuyo corazón había renacido el amor hacia Victor—en cuyo nuevo trato había reconocido al apasionado Bertie Cecil—, le confesó su cariño:

—¿Por qué no regresas.... no te haces justicia á ti mismo? ¡Tu hermano es indigno de tu sacrificio! ¿No ves que no eres tú el único que sufres? ¿No ves que estás despedazando el corazón de los que te aman?

—¡Ah, Princesa! No puedo... no puedo.

*
**

Entretanto, el Jeque, que no había permanecido inactivo durante los últimos meses, y estaba listo á quitarse la careta, aprovechó la circunstancia de encontrar á Cigarette en las afueras de la ciudad, para hablar con ella acerca de Victor, del que la sabía enamorada.

—La Princesa d'Amague parece estar muy interesada por el cabo Victor.... y él mucho por ella....

—Si, ya lo sabía.... ¡Los odio! ¡Es un tonto!

—Pero eso te disgusta, no puedes negarlo. Las gentes de tu madre no son tan ciegas.... entre ellas hallarías amor.

—¿Vos, quizás?

—¡Yo, si, Cigarette! Yo, que soy poderoso, y que te haría reina si tú lo quisieras. El desierto nada te ha de negar, hasta el vengarte de los que odias.

—¿Tanto me queréis?

—Tanto, que tu venganza sería mi venganza.

- Lo pensaré despacio....
 — ¿Y me querrás?....
 — ¡Quién sabe!
 — ¡Oh, Cigarette; cuán feliz sería!

*
 **

Victor seguía escuchando las súplicas amorosas de la Princesa, á las que, ¡oh cruel destino! no podía corresponder porque el haberse sustituido voluntariamente á su hermano, el verdadero culpable, se lo impedía.

Para evitarse nuevas escenas que le partían el corazón, Victor, con sublime renunciación, bañaba su alma en la amargura de llanto invisible, y dijo á la Princesa:

— No, Princesa: Bertie Cecil ha muerto....! Esta es la despedida!

El Marqués de Chateauroy aparecía en el salón en aquel momento. La presencia en él de Victor, que se marchó en seguida, causó al coronel profundo disgusto y le aumentó los celos que le hacían odiar á su subordinado.

*
 **

Una á una, el Jeque había reunido á las tribus del desierto. No faltaba más que apoderarse de las avanzadas francesas, que eran la llave de Argel. Requerido por el Jeque, Victor fué á su casa á verle.

- ¿Me mandó á buscar?
 — ¡Sí!... Cabo Victor, no eres más que un cabo y no ascenderás.
 — ¿Por qué?
 — ¡Porque el Marqués de Chateauroy tiene celos!
 — Si, ya lo sé.



... El Marqués de Chateauroy aparecía en el salón en aquel momento...

— Admiro el valor que Francia no ha sabido apreciar. A mi lado tendrás poder ilimitado en el desierto.

— ¿Eh? ¡Eso nunca! Jamás consentiré en vuestras infamias. ¡Cobard!

A una señal del Jeque, varios árabes ocultos hasta entonces, se apoderaron de Victor. Irónico, el Jeque le dijo:

—Esta noche irás á las avanzadas. Tengo hechos mis planes y, con tu ayuda burlaremos á Francia.

—¡Miserable!

Para Cigarette las intrigas orientales eran un libro abierto. En la oferta del Jeque, que ella, siguiendo á Victor, al que espiaba continuamente, había oído desde una ventana detrás de la cual estaba apostada, penetrando en la casa del Jeque por la puerta del jardín, ella vislumbró un plan que amenazaba á su idolatrada Francia.

Con singular astucia, Cigarette rompió el cristal de una puerta situada cerca de la habitación en que se hallaban el Jeque, Victor y los secuaces del primero, promoviendo un gran estrépito y la alarma consiguiente. Aprovechándose de la confusión momentánea, Victor pudo huir, y ponerse pronto fuera de peligro.

Cigarette, que no tuvo tiempo de escapar sin ser vista, apeló á la coquetería, fingiendo llegar poco después de lo ocurrido, para dar la respuesta á la proposición del Jeque. Este, naturalmente, no cayó en la trampa.

—¿Cuándo se marchan para el desierto?— le preguntó Cigarette.

—Sin pérdida de momento.

—Es que he estado pensando en lo que me dijo y quiero ir con ustedes, con las gentes de mi madre.

—¿De veras, Cigarette?

—Pero ¿haré bien en abandonar á Francia?

—Conmigo hallarás mayores satisfacciones. ¡Y serás adorada!

Victor, de regreso al cuartel, solicitó audiencia con el General, para enterarle de la traición del Jeque, que se manifestaría pronto.

El Capitán con el que Victor hablaba no quiso atenderle en su demanda.

—Pero, Capitán, preciso ver al General en seguida.

El orgulloso militar, inapelable en sus órdenes, le contestó en tono de reproche:

—Ya casi has llegado tarde para ir á las avanzadas ¡Tu caballo espera!

—¡Pero, mire que es de vital importancia!

—¡He dicho que verás al General más tarde... ahora no!

Y obligado por la disciplina á acatar la orden recibida, Victor, maldiciendo del orgullo de los hombres, partió con el destacamento destinado á reforzar las líneas delanteras.

En tanto, el Jeque, furioso porque Victor se le había escapado de nuevo, y temeroso de que pudiera perjudicarlo, dijo á su secretario:

—El cabo Victor sabe demasiado. Hay que convencer á su General de que es traidor á Francia, y que esté presente el Marqués cuando se lo estés diciendo.

—Comprendido.

—En cuanto á Cigarette, viene conmigo al desierto.

—¡Oh, señor; qué suertel!

En efecto, el Jeque, llevando consigo á Cigarette, se trasladó al desierto, donde se alzaba su magnífico palacio.

Instalados en él, el Jeque hizo ataviar á Ci-

garette con las más valiosas prendas y la sentó á su lado, en el trono, presidiendo la fiesta preparada para festejar su llegada. Rendidamente prendado de la cantinerita adorable, el Jeque la habló así:

—Ahora eres hermosa y es preciso que vivas para mí, como yo viviré para tí.

—¡Sí!

—Y muy en breve mis tropas vengarán el insulto francés que convirtió en cantinera á una reina del desierto.

—No, no no; la venganza es mía pero tú tienes que enseñarme el camino.

*
*
*

Cumplido sin dilación el deseo de venganza del Jeque, el Coronel, harto satisfecho de ello, hizo llamar á su odiado rival, y le notificó:

—¡Cabo Víctor, dése preso por traidor á Francia!

Aniquilado por tan grave acusación, formulada por el mismo Jefe, sin pruebas para defenderse, Víctor fué inmediatamente juzgado en Consejo de Guerra. Y esta fué la sentencia:

—¡Mañana al amanecer será fusilado!

Influída por el encanto de la noche del desierto, una bella circasiana del harem bailó la danza de la muerte, la cual tenía cierto significado para todos, menos para Cigarette.

A poco, llegó el secretario del Jeque que comunicó á éste el resultado de su acusación contra Víctor.

Satisfecho de poder ser vengado, el Jeque dijo á Cigarette:

—Trae buenas nuevas...

—¡Dimelas pronto! Despacha á todos para que estemos solos.

—Ya está. Nadie nos estorbará. Vas á ser vengada: el cabo Víctor será pasado por las armas mañana al amanecer.

—¿El cabo Víctor? ¿Es posible?

—La descarga será la señal para que nuestras tropas carguen contra las avanzadas y acabemos con esos franceses.

—¡Oh, qué poderoso eres!

—Y ahora, ¿me vas á dar mi recompensa? ¿Vas á concederme tu amor?

—¡Sí, voy á adorarte!...

—¡Hermosa mía!

El Jeque, á punto de abrazar á Cigarette, que le estimulaba á ello, lanzó un grito de dolor:

—¡Traición! ¡Asesinado!

Cigarette era la justiciera del hombre amado por encima de todo y de su Francia querida. La cantinerita, arremetía con furia contra el Jeque increpándole:

—Antes que muera el hombre á quien yo amo, morirás tú. Antes que acabes con los franceses, serán derrotados tus soldados. ¡Manda sacar tus tropas... sácalas!

—Me muero.... ¡A mí! ¡Socorro!

—¡Mueres como un perro, como lo que eres!

La precipitada huída de Cigarette del palacio del Jeque puso sobre aviso á los soldados de la guardia que, comprobando los hechos, el asesinato de su Jefe, dieron la señal de alarma y, reunidas todas las tribus, salieron dispues-

tas á atacar las avanzadas francesas.

Cigarette cabalgó veloz como el rayo, por la vida del hombre á quien amaba, y por su idolatrada Francia. Fué una carrera de vida ó muerte, cuyo término era Argel, el Cuartel General, donde podría obtener, después de explicar las perversas maquinaciones del Jeque, de las que Victor era una víctima, la libertad para su amado. Y la obtuvo, y el General dió rápidamente órdenes para que un fuerte destacamento acudiese á las avanzadas en auxilio de los contingentes que las defenderían.

Cerca de las avanzadas, Cigarette sintió la furia de las tropas árabes que, cual torrente terrible, se dirigía al asalto de las ocupaciones francesas.

Dentro del fuerte, Victor iba á ser fusilado. Once de sus compañeros se hallaban alineados frente á él, y esperaban la señal de disparar contra el inocente. Uno de ellos, el que la suerte hubiese escogido para que le correspondiese el único fúsil cargado de los once, sería su verdugo.

Cigarette, sin aliento, franqueó la puerta del fuerte, saltó de su caballo y, con gesto supremo, desesperado, arrojóse sobre Victor para cubrirle con su cuerpo. La señal de ¡Fuego! había sido dada. ¡Y la bala fatal dió en el cuerpo de Cigarette!

Victor, intensamente emocionado al igual que todos los presentes, trató de socorrer á la sublime cantinerita. Mas ella, sin perder sus energías, díjoles:

—¡No penséis en mí!... ¡Cerrad las puertas!
¡Los árabes!... los árabes llegan!

Victor condujo á Cigarette en lugar seguro y, viendo la inevitable invasión de los árabes, salió á guerrear en el fuerte contra ellos. La batalla fué dura y no hubieran salido victoriosos los franceses de la avanzada, de no llegar el refuerzo mandado por el General, gracias al aviso de Cigarette.



¡Y la bala fatal dió en el pecho de Cigarette!

Al deponer las armas los vencidos, Victor reunióse con Cigarette... que se moría... con la sonrisa en los labios...

Victor lloraba. Abrazándola, como queriendo arrebatarla a la muerte, la dijo:

—Alma mía ¿qué he hecho yo para merecer

amor tan grande? ¡Dios mío, si hubieran hecho fuego un segundo antes! ¿Quién soy yo para que sufras por mí? ¡Cuánto mejor hubiera sido que me hubieses abandonado á mi suerte!

—Es la respuesta a mi plegaria: para tí y para mi bandera... No sufro... no siento dolor... solamente me siento feliz... muy feliz...

FIN

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

Imprenta E. VERDAGUER MORERA

Topete, 2 al 16 — Tarrasa

NÚMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	Postal-fotografía
1	No hay juegos con el amor	Douglas Fairbanks (II edic.)
2	El Valle Florido	Mary Pickford
3	Amor de madre	Charles Chaplin
4	La Virgen de las Rosas	Pearl White (Perla Blanca)
5	La culpa ajena	Antonio Moreno
6	De hombre a hombre	Priscilla Dean
7	Una mujer	Eddie Polo
8	Pesadillas y supersticiones	Mary-Douglas (extraordin.)
9	Desinterés	Francesca Bertini
10	El Hábito	Harold Lloyd
11	Jimmy Sansom, El Aventurero	Constance Talmadge
12	La primera novia	Frank Mayo
13	El Pequeño Lord Fauntleroy (1)	Marie Prevost
14	El Pequeño Lord Fauntleroy (2)	Ben Turpin
15	La Tormenta	Pina Menichelli
16	Fior de Amor	Livio Pavanelli
17	La Pantera Negra	Norma Talmadge
18	Bajo dos banderas	Tom Mix

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
(pago anticipado)

BARCELONA
Y PROVINCIAS

Año 12 ptas.
Semestre 7 »

EXTRANJERO

Año 18 ptas.
Semestre 10 »

PORTUGAL, AMÉRICA
Y FILIPINAS

Año 14 ptas.
Semestre 8 »

Los señores suscriptores de pro-
vincias pueden efectuar los pagos
por medio de Giro Postal.